

Un complicado segundo periodo para George W. Bush

BRUNO RÍOS S.

Es común decir que en su primer periodo los presidentes estadounidenses tienen como principal preocupación ser reelectos para un segundo mandato, una vez logrado ese objetivo se concentran en su legado para la historia. Después que George W. Bush prestase juramento por segunda ocasión, luego de una victoria clara aunque más estrecha de lo que se quisiera admitir, su administración está dedicada a sacar adelante los programas que habrán de definir la forma en que los libros de historia se refieran al periodo presidencial de 2001 a 2009.

El primer periodo de George Bush fue marcado por el 11 de septiembre y las operaciones militares en Afganistán e Irak. Sin embargo, en el frente interno únicamente las bajas de impuestos fueron un tema que sobresaliera en su agenda, lo cual se tiene que contrastar con el hecho de que las finanzas estadounidenses se encuentran en uno de los déficits más grandes de la historia. En el frente educativo su programa *No child left behind* irónicamente se quedó corto al no contar con fondos suficientes. Pese a ello Bush fue reelecto gracias a una magnífica campaña, los temores de la población frente al terrorismo y el peso que tuvo el tema de los valores morales entre los electores, sin olvidar una mediocre campaña por parte de los demócratas sumada al poco carisma de su candidato John Kerry.

En este segundo periodo si bien la administración no puede abstraerse de la situación en Afganistán e Irak, las elecciones que tuvieron lugar en los dos países pueden presentarse ya como una importante victoria política y aunque la guerra de baja intensidad que realiza la insurgencia iraquí no puede ser ignorada, su efecto mediático empieza a ser marginal. En asuntos como el conflicto palestino-israelí y Corea del Norte la Casa Blanca no buscará grandes transformaciones, regresando a una política exterior similar a la anterior a los ataques terroristas y apoyándose en el trabajo que realicen sus aliados. Esta actitud contrasta con el

ambicioso discurso de toma de posesión hace unos meses en el cual Bush se refirió a extender la democracia y la libertad en el mundo que inmediatamente levantó cuestionamientos respecto a las relaciones con naciones como Arabia Saudita y Egipto y el relativo acercamiento que se ha tenido con China en los últimos años. Más allá de la guerra contra el terrorismo y la reestructuración de las agencias de inteligencia, la actividad que ha desarrollado el Departamento de Estado encabezado por Condoleezza Rice desde el inicio del segundo mandato ha sido significativo sobre todo en el ámbito de la diplomacia pública, ya sin las confrontaciones con el Pentágono que caracterizaron los primeros cuatro años de la administración.

Pero el tema en el que se definirá el segundo periodo de Bush y posiblemente su presidencia será la reforma al sistema de seguridad social. El sistema, un legado de los tiempos del *New Deal* de Franklin Roosevelt atraviesa serios problemas al tomar en cuenta las perspectivas demográficas en los años por venir. Las proyecciones de sustentabilidad del programa varían entre quienes consideran que en poco más de una década llegaría a la quiebra y quienes no ven un problema hasta pasada la mitad del siglo. La propuesta presidencial consiste esencialmente en modificar el sistema de forma que incluya cuentas privadas para la población y el manejo de ellas quede a su criterio, ya sea en fondos de bajo o alto riesgo.

Este esquema de pensiones ha provocado un gran debate no sólo en los círculos políticos de Estados Unidos; destacados economistas como Gregory Mankiw y Paul Krugman se han pronunciado a favor y en contra del plan. Por una parte se argumenta que de esta forma el gobierno podrá reducir el peso de las pensiones en el futuro y se le otorga a la población la posibilidad de disponer de sus fondos según convenga a sus intereses. En contra se argumenta que el sistema presenta demasiados riesgos dados los vaivenes del



sistema financiero y a la importancia de las pensiones en una nación que está en franco proceso de envejecimiento. Los grupos de presión de retirados, con importancia decisiva en Washington, se han pronunciado decididamente en contra del proyecto pero, más importante aún, en los sondeos la población estadounidense se manifiesta en forma mayoritaria contra la propuesta de la Casa Blanca.

Ante el riesgo de que el fracaso en sacar adelante esta propuesta eche por tierra la capacidad de negociación en otros temas y de tener un escenario similar a los primeros dos años de la presidencia de Bill Clinton, la administración Bush se ha empeñado en dar a conocer las bondades de la propuesta y convencer a los estadounidenses. Dada la oposición que enfrenta la propuesta, ésta ya ha sido modificada con la intención de que los legisladores de la mayoría republicana no teman que dar su voto al presidente pudiese tener como consecuencia un castigo de sus electores en noviembre del próximo año. Bush ha recorrido el país, en particular estados y distritos con republicanos moderados tratando de vender la idea, sin embargo sus niveles de popularidad siguen a la baja. Parte de ello se explica en el frágil estado de la economía estadounidense pero principalmente en los altos niveles de los precios del petróleo que impactan directamente a la población en los precios de la gasolina.

Los problemas de la Casa Blanca resultarían sorprendentes al considerar que los republicanos cuentan con una cómoda mayoría en el Senado y la Cámara de Representantes. Sin embargo una característica de los segundos periodos presidenciales es que conforme avanza el tiempo el poder político de la Casa Blanca va decreciendo y los legisladores se ocuparán de avanzar sus agendas personales y complacer al presidente se vuelve una prioridad cada vez menor. Es en esas circunstancias que Bush se encuentra atrapado entre la derecha de su partido caracterizada por los grupos evangélicos a los cuales es afín, y a los que en principio debería su reelección, y el ala moderada que representa a una población más diversa y poco afín a los extremismos a los que ha llegado el partido republicano.

Batallas como la intención de eliminar en el Senado la práctica legislativa conocida como *filibuster* que permite a una minoría de senadores bloquear los trabajos de la Cámara y que ha sido usada por los demócratas para evitar la ratificación de varios nombramientos de jueces considerados demasiado conserva-

dores, son muestra de la radicalización del Partido Republicano y la intención de promover una agenda más conservadora. Si la medida no se ha tomado todavía se debe en gran parte a que los senadores republicanos moderados, la mayoría de ellos representando estados que votaron por los demócratas en las elecciones presidenciales, no consideran correcta esta medida y a que también es impopular según las encuestas al respecto. La administración se ha desgastado rápidamente al promover la agenda conservadora pero no lograr su aprobación en el Congreso, por tanto prolongando su tiempo de exposición en temas controversiales sujetos a fuertes debates y críticas de la opinión pública.

Las elecciones legislativas del próximo año podrían ser la oportunidad de la población para manifestar el descontento frente a la Casa Blanca. Aunque en el sistema electoral estadounidense los candidatos que buscan la reelección generalmente la obtienen, la mayoría republicana en la Cámara de Representantes podría estar en riesgo, particularmente si la situación de la economía llegase a empeorar. A diferencia de los últimos años se aprecia difícil que los demócratas tengan oportunidad alguna de recuperar la mayoría en el Senado pero podrían reducir su desventaja. Aún así no hay que olvidar la formidable maquinaria electoral con que cuenta el Partido Republicano. Conforme avancen los meses irán tomando mayor prominencia los candidatos a la sucesión de Bush, varios senadores y gobernadores iniciarán sus precampañas una vez pasadas las elecciones intermedias con lo cual se dejará en los hechos a una presidencia sin el control de la agenda política.

Por tanto los meses por venir resultarán decisivos en la formación del legado de George W. Bush, cuya labor en la presidencia ha sido poco espectacular. El presidente deberá conciliar las diversas fracciones de su partido en forma tal que pueda sacar adelante sus iniciativas. De lo contrario el hombre más poderoso del mundo se arriesga a la irrelevancia política muy temprano en su segundo periodo, particularmente si se toman en cuenta los bajos niveles de popularidad que tiene actualmente. El capital político de un hombre recién reelecto parece haberse despilfarrado en una agenda demasiado conservadora. A menos que los estrategas de la Casa Blanca encuentren la fórmula para retomar el control político de la nación el paso a la historia del presidente Bush podría ser tan gris como el de su padre.